

por Dios. Por tanto, si decimos esta oracion penetrados de su espíritu, reunimos en ella el mérito de todas las oraciones, aseguramos los frutos mas abundantes, y pedimos para el tiempo presente todo quanto puede conducirnos para la salvacion; y para la vida futura todo lo que puede colmar nuestros deseos en los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA ORACION

LIBERA NOS.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,
cap. 19. vers. 42.

¡Ah, si tu reconocieses siquiera en este tu día lo que puede traerte la paz!

ESTE es el último cargo que hace Jesu-Cristo á esa nacion infiel, en cuyo favor habia obrado tantos prodigios, y á quien habia ofrecido tantos medios de salud. Estas palabras se las dirigió pocos dias ántes de su pa-

sion, y las lágrimas que entónces corrian por sus ojos, eran una prueba de quan penetrado estaba su corazon de la ingratitud de este pueblo. Dentro de breves dias se le tratará como á un impostor que procura sublevar la nacion, quando no habia venido sino para procurar la paz, esa paz que debia pedir Israel, prometida por Ezequiel de parte del Señor. Pero como esta paz no se conformaba con las miras carnales de este pueblo grosero, se ve menospreciada; y el que para ellos era verdaderamente el Príncipe de la Paz, es desconocido, y se ve obligado á quejarse de que su pueblo se aleja quanto puede de la paz que le estaba ofrecida. La nueva Jerusalem, esto es, la Iglesia de Jesu-Cristo nos enseña á pedir esta paz en la oracion que sigue inmediatamente á la Dominical. ¡Ah, qual es su dolor al considerar que muchos de sus hijos menosprecian los medios de salud que les ofrece! Esto es lo que excita sus lágrimas; y mezclándolas con las de su Esposa, les dice: *¡Ah, si tú reconocieses lo que puede traerte la paz!*

Nosotros, hermanos míos, estudiemos para conocerla, y meditando las palabras de esta oracion, penetremos de su espíritu. La fórmula que vamos hoy á explicar, puede considerarse como una extension de la peticion última de la oracion Dominical, en que Jesu-Cristo nos enseña á pedir que seamos libres de mal; y aunque esta oracion contiene quanto puede y debe pedirse, Dios no se desdeña de oirnos quando, ó bien para mostrarnos agradecidos á los bienes que nos dispensa, ó asustados de los males que nos amenazan, nos determinamos á hablarle con mas energía y frecuencia; pero quiere que el objeto de nuestra oracion sea siempre relativo á su gloria y á nuestra salvacion eterna; y la Iglesia ha creído propio de su obligacion hacernos entender de quanta importancia son para nosotros estas súplicas repetidas.

Desde los primeros siglos se dixo esta oracion inmediatamente despues de la del Padre nuestro, y así se reconoce en los sacramentarios mas antiguos, esto es, en los libros destinados para el uso del Altar. La Iglesia en

todas las palabras de que se compone tenia muy á la vista las persecuciones que experimentaba de parte de los Emperadores idolatras; y considerando los males presentes y futuros, pide en ella la paz, la gracia y la tranquilidad del espíritu para servir á Dios con mas libertad. Los primeros fieles tenian una grande idea de esta oración, nacida de la atención y devoción particular con que la Iglesia la miraba. En efecto, se decia con una voz mas elevada que todas las otras del Cónon de la Misa, sin duda para que los asistentes pudiesen meditarla, y unirse con mas facilidad al Sacerdote. Todavía se acostumbra decirla el Viérnes Santo en el tono mismo que las Colectas; y como en este dia, consagrado para recordarnos el misterio de nuestra redención, reúne la Iglesia todos los objetos de las oraciones que ha hecho separadamente en los otros tiempos del año, quiere que sea pronunciada con mas solemnidad.

Examinemos ahora la relación que podia tener esta oración con los tiempos de las persecuciones, para ver la

aplicación que puede hacerse de ella, á las necesidades actuales de la Iglesia, y de los diferentes miembros que la componen. Transportémonos en espíritu á esos tiempos verdaderamente tempestuosos en que soplaba con tanta fuerza el viento de las persecuciones contra el rebaño de Jesu-Cristo, y figurémonos á los primeros fieles juntos en los subterráneos, sin atreverse apenas á levantar la voz, temiendo que se despertase el furor amenazante de los verdugos; sumergidos en el dolor mas amargo al considerar que muchos de sus hermanos habian perdido la fe seducidos por las lisongeras caricias de los tiranos, y que otros estaban consternados y yertos de temor al ver que la sangre de sus primeros Pastores estaba humeando en las plazas públicas, ó á las puertas de la Ciudad; expuestos quizá á salir de aquellos santos lugares para ser citados al tribunal á dar á Jesu-Cristo el mas grande, el mas noble y generoso de los testimonios, pero tambien el mas peligroso; amenazados de experimentar, si no cedian á las sugerencias, los crueles tormentos que sugería la mas ingeniosa barbarie. Esta

es una breve reseña de la situacion de los primeros Cristianos en los dias de las persecuciones ; pero ved al mismo tiempo los males de que habian pedido á Dios les librase en la oracion Dominical, y para los quales solicitan nuevos socorros en la que la Iglesia ha tenido por conveniente añadir á ella.

Colocados, pues, en estas circunstancias espantosas, consideremos lo que esta súplica, *libranos de todo mal*, queria significar en la boca de estos Cristianos. Pero ; cómo podremos combinar esta oracion de la Iglesia con el amor á los tormentos, y con la sed del martirio que animaba al mayor número de sus hijos ; con aquella alegría de que se hallaban penetrados, quando eran tenidos por dignos de padecer el martirio por el nombre de Jesu-Cristo ; con aquel valor heroyco que los hacia invencibles en medio de los tormentos ? Las súplicas de los primeros Cristianos se dirigian sin duda á la proteccion contra las tentaciones violentas para evitarlas, y á la asistencia en las tentaciones inevitables para triunfar de ellas ; y en estas circunstancias á lo ménos se veia esa caridad que no es

presuntuosa, y que enseña á desconfiarse de su propia debilidad. Ellos miraban en esta oracion los males pasados, presentes y futuros, porque la caridad les hacia sensibles á las desgracias de los que se habian dexado seducir y sorprehender. Un interes personal los tenia siempre alerta contra los crueles tiranos de que estaban rodeados, y una sabia desconfianza de sí mismos les hacia temer las caidas de que mas de una vez habian sido tristes espectadores. Por esta causa se dirigian y ponian su confianza en la mas amorosa de las madres, y mas poderosa de las vírgenes. Tambien reclamaban la interseccion de los tres Apóstoles que con tanto valor habian bebido el cáliz del Señor hasta las heces. Asimismo rogaban encarecidamente á todos los Santos que les habian precedido en su penosa carrera para que interpusiesen su intercesion, á fin de no caer en los lazos que tenian armados por todas partes. Ellos pedian la unidad y la paz para toda la Iglesia, á saber, la paz entre los fieles, á fin de que la caridad fuese siempre el vínculo de la sociedad cristiana ; la paz entre los tiranos, á fin de

que pudiese establecerse el reyno de Jesu-Cristo con mas rapidez; la paz entre los Cristianos, á fin de que la Iglesia combatida ya exteriormente con tantas persecuciones, no se viese despedazada en su seno por los cismas y las heregías.

Tambien recurrían á la misericordia de Dios para pedirle que les librase de pecado, y les asegurase de toda perturbacion. He aquí el sentido de esta oracion en los primeros dias del Cristianismo. Si abriesemos los fastos de la Iglesia, no nos seria difícil manifestaros los efectos saludables que producía, y os mostrariamos con San Cipriano á los primeros fieles postrados á los pies de los Altares como corderos que se ofrecían al sacrificio, y los veriamos salir de este santo lugar valientes como leones, y llenos de constancia, y fuerza para confundir la crueldad de los Jueces y la ferocidad de los verdugos. Pero esta oracion tan eficaz en su boca, ¿será por ventura inútil en la nuestra? ¿Será posible que la Iglesia la haya conservado solo para darnos una idea estéril de la fe de nuestros Padres? ¿Si conociésemos su es-

píritu, no se encendería en nosotros esa fe casi extinguida. ¿Tendremos ménos necesidad en los dias tenebrosos en que vivimos de exclamar al Señor para que nos libre de tantos males como nos atacan por todas partes, y de los pecados sin número que cometemos? ¿No despedazan nuestro corazon las pasiones mas vivas, y le hacen una guerra mucho mas cruel que las mayores persecuciones? ¿No se abren mil escollos baxo nuestros mismos pies, no se oponen á nuestros progresos en la virtud mil obstáculos casi invencibles? ¿No nos atormentan los males pasados, presentes y futuros? Armaos, pues, Señor, con todo el poder de vuestro brazo para rechazar á tantos enemigos que se han conjurado para perdernos. Vos sois nuestro Padre, y os invocamos de todo corazon, presentándoos nuestras súplicas por el conducto de una Madre la mas amante de todas las madres. Vos sois nuestro Xefe, y nos habeis dado por cabeza visible al Príncipe de los Apóstoles, que desde lo alto del cielo preside nuestros combates. Vos sois nuestro Doctor y nuestro Maestro, y nos habeis dado para nuestra ense-

ñanza á un Pablo á quien revelasteis los arcanos mas secretos, y le hicisteis vaso de eleccion. ¿Quién mejor que este Apóstol puede conocer los males que experimentó por sí mismo? El sabe, como que fué perseguidor ántes de ser llamado al Apostolado, lo que pueden sobre el corazon del hombre el exemplo y las preocupaciones: entregado durante todo el tiempo de su ministerio á las contradicciones, triunfó siempre por medio de vuestra gracia, y nos conseguirá sin duda las mismas victorias. Vos sois nuestra víctima, y la cruz es la hoguera donde habeis consumado vuestro Sacrificio; pero esta misma cruz ha hecho las delicias de vuestro Apóstol Andres, que la abrazó lleno de alegría, dándonos con esto un poderoso exemplo. Dadnos, Señor, la paz en nuestros dias por la intercesion de estos Apóstoles y de todos los Santos, los quales han experimentado vuestras misericordias en este valle de lágrimas, y gozan ya del descanso despues de los muchos trabajos que padecieron. Dadnos, Señor, repito, la paz en nuestros dias, no solo esa paz universal que consiguieron los Santos

á fuerza de continuas victorias, sino esa paz anticipada que produce la justicia en el corazon; esa paz que á pesar del fuerte choque de las pasiones, del viento impetuoso de la persecucion, y del fuego abrasador de las tribulaciones, es para nosotros una prenda de socorro que nos prepara vuestra misericordia. Señor, que esta paz consista particularmente en la expiacion del pecado; y si en algun modo éste es inevitable por la corrupcion y la fragilidad de nuestra naturaleza, haced que venga el remedio tan pronto como la herida. Que la calma ocupe el lugar de las agitaciones continuas que nos traen fuera de nosotros; de esas agitaciones del corazon, nacidas de una conciencia infiel á vuestra Ley; de esas agitaciones del espíritu que salen de las nubes que esparce el enemigo de la verdad sobre los principios de la fe; de esas agitaciones interiores, que son causa en el pecador de los remordimientos, en los justos de los escrúpulos, y en las almas débiles de un temor excesivo; de esas agitaciones exteriores y sensibles, causadas por los escándalos, por las blasfemias y por las burlas de los malos;

de esas agitaciones familiares que nacen de las disensiones y de las discordias ; de esas agitaciones de los reynos y de los imperios, que por intereses de estado encienden las guerras, y con ellas la desolacion universal ; en fin, de esas agitaciones que padece vuestra Iglesia, causadas por el espíritu del cisma y del error, seduciendo á sus hijos y arrancando sus miembros.

Estas son, Dios mío, una parte de las turbaciones que padecemos: estos son los males que afligen al género humano ; y así os pedimos que los apartéis de nosotros, y nos deis la seguridad que necesitamos ; y si, como dice el Apóstol, es preciso que subsistan las heregías ; y si como nos enseña la experiencia, las turbaciones y las agitaciones son como la propiedad de los hombres en la tierra ; haced que sin embargo gocemos de una santa tranquilidad. Léjos de nosotros esa orgullosa confianza, esa presuncion infausta, que no disimula el peligro sino para entregarse á él con mas imprudencia. La seguridad que pedimos se funda sobre vuestra infinita misericordia que no nos ha de abandonar : se funda sobre vues-

tra Providencia que jamas nos faltará: se funda sobre la Sangre adorable de Jesu-Cristo, cuya superabundancia no llegará á agotarse jamas. Con estos seguros garantes ya no vemos, Señor, los males pasados sino para repararlos ; los males presentes sino para ofrecerlos, y los males futuros sino para evitarlos, y para aspirar con mas ardor á esa paz eterna que no padecerá la menor alteracion. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE ESTAS PALABRAS

PAX DOMINI SIT SEMPER VOBISCU.

EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS,
cap. 6. v. 9.

*Habiendo Cristo resucitado de entre
los muertos, ya no muere.*

ESTA, hermanos míos, es la idea mas justa que nos puede dar el Apóstol de la Resurreccion de Jesu-Cristo, y la verdad mas consoladora para nuestra fé. Si Jesu-Cristo resucitado ya no muere, nuestra fé no es vana, ni nuestra esperanza incierta. Sí, él ha resucitado despues de haber padecido la pena del pecado, aunque solo tenia las apariencias de él. El es tan verdadero

en sus palabras, como admirable en sus milagros, y nosotros seremos unos insensatos si no le tributamos el homenaje de nuestra sumision, y de nuestra obediencia. Pero si en el momento de su Resurreccion la muerte ya no tiene imperio sobre él, ¿lo tendrá sobre nosotros quando una resurreccion formada sobre el modelo de la suya nos haya hecho semejantes á él?

Voy á insistir sobre una verdad tan interesante, aunque parezca que me separo de la materia que trato. Despues de haber considerado á este Divino Salvador, en un estado de inmolation y de muerte, voy á mirarlo en un estado de Resurreccion y de vida en el momento en que nos anuncia el Sacerdote el efecto de esta muerte que nos ha sido aplicada en su Resurreccion. Para tratar de esta ceremonia seguiré en todo á los sabios Comentadores, los quales convienen en que Jesu-Cristo puesto sobre el Cáliz por las manos del Sacerdote nos representa el momento precioso, en que saliendo por su propia virtud de su sepulcro, aseguró para siempre el fruto de su Sacrificio. Este pensamiento puede pues

conducirnos á meditar el objeto de esta ceremonia, y juntamente de las oraciones que contienen su espíritu.

Esta parte de la Liturgia ha sido algun tanto descuidada, sin embargo que merece atencion muy particular. El Sacerdote, despues de haber dicho la oracion que hemos explicado en la Instruccion antecedente, toma la Hostia, la pone sobre el Cáliz, la divide en dos partes iguales, dexa la una sobre el Altar, y separa de la otra una pequeña parte, con la qual haciendo tres cruces sobre el Cáliz dice: *la paz del Señor sea siempre con vosotros.* Despues echa esta partecita en el Cáliz, diciendo: *esta mezcla y consagracion del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesu-Cristo produzca en nosotros que los recibimos la vida eterna.* Estas palabras son por sí mismas bastante inteligibles; pero la circunstancia en que se dicen es de mucha importancia para omitir su explicacion.

Siendo el Sacrificio de la Misa, como ya lo hemos dicho, una continuation real y eficaz del Sacrificio de la Cruz, y una viva representacion de to-

dos los pasos y circunstancias de él, es indispensable que se designen y representen éstas por una ceremonia especial. En la Pasion de Jesu-Cristo vemos tres estados diferentes: su muerte, su sepultura y su resurreccion. Ya hemos hablado en varias ocasiones sobre los dos primeros misterios dándoos á conocer los beneficios que la naturaleza humana ha recibido por ellos, y ahora hablaré en particular sobre la relacion de la ceremonia de que tratamos con su Resurreccion. La Resurreccion produjo tres efectos que hallamos en algun modo reproducidos en esta circunstancia, y son la abolicion del pecado, la formacion de la Iglesia, y la aplicacion de todos los misterios de Jesu-Cristo durante su vida mortal.

La abolicion del pecado, primer fruto de su Resurreccion. En efecto, ella es el fruto de la muerte de Jesu-Cristo, pero de Jesu-Cristo Dios y Hombre. Su muerte era una prueba evidente de su humanidad; pero su Resurreccion confirmó su divinidad, y por consequencia el derecho que tenia sobre la vida y la muerte. Su muerte era la señal de sus combates contra todo el

poder de las tinieblas; pero su resurreccion fué la señal de sus victorias. Por tanto, hermanos míos, despues de haber dicho el Sacerdote representando su muerte en el momento de la consagracion: *esto es pues mi cuerpo: este es pues el Cáliz de mi sangre que será derramada por vosotros.* Dice representando su Resurreccion: *la paz del Señor sea con vosotros.* Ya en adelante no hay combate sin victoria para el que pelea con Jesu-Cristo y por Jesu-Cristo: ya no hay victoria que no sea la prenda de una paz eterna para el que no se separe de Jesu-Cristo. La serpiente podrá conservar todavía su veneno, la muerte su aguijon, el demonio su malicia, y el pecado su fealdad; pero el justo rescatado por Jesu-Cristo, defendido por Jesu-Cristo, y que se une con Jesu-Cristo, gozará de la paz en los combates, tomará en sus manos, segun la expresion del Evangelio, la serpiente sin temor alguno, verá la muerte á su lado sin temer sus golpes, experimentará sin susto los asaltos del infierno; y si su fragilidad es causa de caer alguna ven en el lazo,

se levantará con prontitud, porque Jesu-Cristo resucitado es su fuerza, su defensa y su recurso.

La formacion de la Iglesia: segundo fruto de la Resurreccion. Este sin duda es el efecto de la Resurreccion de Jesu-Cristo, que en poco tiempo visita todos los miembros del cuerpo místico que ha rescatado para sí sobre la cruz. Esta figura la encuentro en las tres partes que hace el Sacerdote de la hostia. La una puesta sobre el Altar es Jesu-Cristo, uno por naturaleza, el qual por virtud de su Sacrificio derrama continuamente sobre las almas que nos han precedido el refrigerio, la luz y la paz. Jesu-Cristo elevado sobre el Cáliz me representa á este Divino Salvador, volviendo á su Padre para colmar á la Iglesia del cielo de felicidad y de gloria. Jesu-Cristo echado por el Sacerdote en el Cáliz, me acuerda la union que ha contraido con la Iglesia de la tierra, union figurada tambien por la mezcla del agua y del vino, y este Divino Esposo se hace uno con su Esposa. Por tanto en esta circunstancia interesante conviene que repita el Cristiano la profesion de fé

que hicimos ántes de empezar el Sacrificio: á saber, creo una sola Iglesia. Sí, la creo, y esta creencia es el efecto de mi fé en Jesu-Cristo. Creo que estoy unido á los Santos que reynan en la gloria, por la misma caridad que me une á las almas de los justos que esperan su rescate. Creo que Jesu-Cristo, que vierte por ella su sangre, la ha vertido tambien por mi salvacion, y que con esta efusion ha consumado la santificacion de sus escogidos; que él está y estará eternamente unido á todos los miembros que ha hecho suyos, y que la paz del Señor que me desea su Ministro, es la consumacion de la union inefable que quiere contraer conmigo en su Sacramento, y que promete perfeccionar un dia en el cielo.

Jesu-Cristo, hermanos míos, nos ofrece en su Resurreccion el compendio y complemento de todos los demas misterios, y este es el tercer fruto que se designa en esta ceremonia. Ella me recuerda su Encarnacion en la mezcla del pan y del vino, con los quales se une el agua misteriosa que representa el Pueblo. Ella me acuerda su nacimiento en esa nueva paz que me anuncia

por medio del Angel visible que ha escogido para Ministro suyo: su circuncision por la separacion que hace el Sacerdote de una parte de este cuerpo adorable: su manifestacion, saliendo en algun modo del secreto de su Santuario para enseñarme que él es mi salvacion y mi vida: su presentacion, ofreciéndose á su Padre como una Hostia pacífica, capaz de reconciliarnos con él: su Pasion, su Resurreccion, y su Ascension en el cielo, anunciándonos en esta circunstancia que precede á la Comunión la consumacion del Sacrificio, las ventajas que nos procura, y la gloria que asegura á la santa humanidad de Jesu-Cristo.

No me admiro pues que la Iglesia desde los primeros tiempos haya observado esta ceremonia como una de las mas propias para recordarnos los frutos de tan gran misterio. En los antiguos Sacramentarios se lee que la Iglesia en los primeros siglos del Cristianismo, principalmente en los tiempos de persecucion, en que la celebracion del santo Sacrificio era mas rara, por la prohibicion de juntarse los Cristianos, permitia á los Sacerdotes dividir la Hostia

en dos partes, á fin de que pudiesen enviar una en señal de comunión á los que por la distancia de los lugares, y el peligro de las persecuciones no podían presenciar los santos misterios. ¡ Ah, cuántos motivos de confianza encontraban los fieles en esta señal de comunión y de caridad que recibían! Los mas tímidos se alentaban para el martirio, los mas débiles se fortificaban en la fé, y los mas justos se abrasaban en el amor Divino, pareciéndoles que oían de la boca misma de Jesu-Cristo estas palabras: *la paz del Señor sea siempre con vosotros*: ella os sostenga en esos momentos en que la vida y los bienes están amenazados por los enemigos de la fé: no se turbe vuestro corazón, creed en mí, yo estoy con vosotros, y el cambio que os propongo de una vida eterna por una vida perecedera, de una gloria sin fin por unos tesoros despreciables, debe mantener vuestros corazones en la sumisión y la paciencia. ¿ Pero por qué no hará, hermanos míos, la misma impresión sobre nosotros esta palabra consoladora? ¿ Por qué nos abatimos hasta un punto en el qual ya no podemos recibir los con-

suelos? Si fuésemos verdaderos hijos de la paz, ella reposaría sobre nosotros, y quando el enemigo procurase inquietarnos, vendríamos á tomar fuerzas á los pies de los Altares.

Esta paz se llama propiamente paz del Señor. ¿ Pero qué distinta de la que tanto preconiza el mundo! La falsa paz consiste solo en carecer de tribulaciones, de males y de peligros, y aun ésta no puede alcanzarse sino entregándose á los desórdenes mas injustos, á pesar de la poca seguridad que hay en la injusticia misma. Ella solo es una quimera y una sombra de paz, porque no amortigua ó extingue las pasiones que nos devoran, ni aparta los peligros que nos amenazan, ni sofoca los remordimientos que despedazan nuestro corazón. ¿ Qué importa que ella nos lisonjee con vanas esperanzas, si á los primeros reveses nos abandona? ¿ Es ésta, Dios mio, la paz que nos anuncia en nombre tuyo el Sacerdote? ¡ Ah, si ella no tuviese otros caracteres, sus oraciones serían propiamente una verdadera imprecación! Almas justas que habeis gustado de esta paz, y que la gozais todavía por la misericor-

dia del Señor, decidnos ¿quáles son los atractivos que ella tiene para un Cristiano fiel? ¿No tiene una solidez incapaz de alterarse por el pecado enseñándonos á huirle y á temerle? ¿No es ella quien os hace sufrir con paciencia los trabajos y las amarguras de la vida, miétras que los Cristianos sin religion, y sin fé se ven agoviados por las miserias?

Se dice comunmente, que para sufrir todo género de contratiempos se necesita mucho valor, firmeza de ánimo, y un conocimiento profundo de los principios de la religion. ¿Pero no es la paz de Jesu-Cristo la que da este valor? ¿No es ella la que hace ver el dedo de Dios en los diferentes acontecimientos de la vida, y su misericordia en los golpes que nos da, y sus designios adorables en los rigores con que nos trata? ¡Ah, *la paz del Señor sea siempre con nosotros*, porque este es uno de los privilegios con que nos ha enriquecido! Aunque nos ofrezca muchos consuelos la paz de la vida presente, no nos hace sin embargo insensibles. Jesu-Cristo que nos ha adquirido esta paz con su muerte, la derrama

sobre nosotros desde su cruz, y hace que corra en abundancia desde el Altar en que ofrece su Sacrificio; pero con ella corren tambien algunas gotas de esa hiel que contiene su cáliz, y hasta que estén del todo agotadas no estará libre la paz del justo de vicisitudes y combates. Ya pues, Cristianos, que ella vive siempre con el que la busca, y la ama, esperemos con la debida confianza el dia en que Jesu-Cristo mismo nos anunciará la paz: caminemos con valor y firmeza á la Jerusalem Santa donde está de asiento esta virtud. Preparemos nuestros corazones para oír y cantar el cántico de la paz, considerando que el Sacerdote, para que suspiremos por este momento nos dice: *la paz del Señor sea siempre con vosotros*. Así sea